

Domingo XXXIV, Solemnidad de Cristo Rey

JESUCRISTO ES LA PRESENCIA MISMA DEL REINO DE DIOS EN MEDIO DE LOS HOMBRES. ÉL ES EL EVANGELIO

- I. *Felipe Fernández Caballero.*
- II. ***Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)***
- III. ***Sagrada Congregación para el Clero***
- IV. ***Radio Vaticano***

I. MENSAJE CENTRAL

El Hijo del hombre ha recibido el poder, y su reino no tendrá fin. Pero su reino no es de este mundo. Ha venido a dar desde la cruz testimonio de la verdad del amor de Dios.

LECTURAS

1. “Vi venir sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre”

Dn 7, 3-14

Todo conduce hacia un juicio final, hacia un gran discernimiento histórico. Aquí se inscriben todas las pruebas que el pueblo de Dios pasará en cualquier tiempo a causa de su fe. El rechazo o aceptación del reino se convertirá en un motivo de discernimiento en el momento último.

El cap. 7 de Daniel nos habla de la sucesión de diversos imperios en el devenir histórico bajo el símbolo de cuatro bestias que salen del mar, fuerza caótica y morada de seres hostiles a la divinidad.

Las cuatro fieras se han sucedido en la historia, pero no han sido capaces de mejorar a la humanidad. Por eso es necesario un juicio universal, y éste pertenece a Dios, que es presentado como un anciano sin edad, con un vestido blanco como símbolo de victoria y de poder; el fuego que brota de él ejecuta la sentencia. Por su gran perversidad, la última bestia es consumida por el fuego; a las otras tres se les arrebató el poder, pero pueden continuar existiendo.

En los vs. 13-14 aparece un "como Hijo de hombre", es decir, una figura humana, un ser no divino, que contrasta con las cuatro bestias, y a quien se le concede todo poder y autoridad; su reino no tendrá fin.

La interpretación posterior, del v. 18, no identifica a este hombre con un ser individual sino con la comunidad de Israel, "los Santos del Altísimo" (vs. 18. 22. 27). Esta comunidad no puede ser un imperio más que se limite a destronar a los anteriores, sino que con ella debe instaurarse una forma nueva de vida que haga posible el reinado de Dios en nuestro mundo, la instauración de una vida verdaderamente humana, la implantación y dominio de la razón sobre la fuerza y la sinrazón.

La tradición judía posterior identificará a ese “hijo del hombre” con el mesías, lo que se justifica en un contexto cultural en el que todo grupo se incorpora, de alguna manera, a su jefe.

En el NT, será el Hijo del Hombre el que se constituirá en juez, asistido por los ángeles (Mt 25, 31) y descrito con los rasgos del anciano de Dn 7 (Ap 1, 13-14). Cristo prometió a sus discípulos participar en esta función judicial (Mt 19, 28; Lc 22, 30).

Hay aquí subyacente toda una concepción de la historia de pecado. Todo conduce hacia un juicio final, hacia un gran discernimiento histórico. Aquí se inscriben todas las pruebas que el pueblo de Dios pasará en cualquier tiempo a causa de su fe. El rechazo o aceptación del reino se convertirá en un motivo de discernimiento en el momento último.

2. “Yo soy el que es, el que era, el que viene, el Todopoderoso

Ap 1, 5-8

Dios es Dios, es el único Señor; en su Hijo nos ama y nos ha salvado; en él y por su Espíritu podemos hacer que suba hasta el Padre la adoración de un mundo creado para la alabanza.

Esta primera parte del Apocalipsis se presenta como una carta dirigida a siete iglesias del Asia Menor. Se trata de comunidades muy reales, que tienen que vérselas -como las nuestras- con la santidad y el pecado. Pero esta cifra “siete” nos advierte que, a través de ellas, Juan está pensando también en la iglesia universal. Una iglesia muy concreta, encarnada en la historia, la del siglo XXI lo mismo que la del siglo I.

El mensaje de Juan se arraiga en el corazón de la Trinidad y cada una de las tres divinas personas es evocada por medio de un simbolismo muy rico.

El nombre que se le da a Dios es un desarrollo del que se le da en el Exodo: “Yahvé”. “Aquel que es, que era y que va a venir” Se esperaría que dijese: “el que será”. Los dos primeros verbos sitúan a Dios en la eternidad, trascendiendo al tiempo; el “que ha de venir” lo introduce en nuestra historia. No se trata, por tanto, de un Dios intemporal, sino de un Dios que se compromete con un pueblo, que camina con él, que se revela en el encuentro. Por otra parte, el “yo vengo” se aplicará a Jesús, ya que es en su Hijo como Dios viene a nosotros.

Por los “siete espíritus” hay que entender al espíritu septiforme, al Espíritu en su plenitud, luz ardorosa, esplendor irradiante de Dios (Is. 4,5).

Cristo está presente con mayor amplitud. Juan recoge, en primer lugar, tres expresiones que en el salmo 89, versículos 28 y 38, se aplicaban al mesías, pero las cristianiza: es en su muerte donde Jesús se ha manifestado como “testigo fiel”, y en su resurrección donde se ha convertido en “primogénito de entre los muertos” y príncipe de los reyes de la tierra”. Por consiguiente, es el único “Señor” y están sometidos a él los emperadores a pesar de sus pretensiones divinas.

Luego, Juan resume la obra de Cristo por nosotros. Todo se basa en el “nos ama”, un presente (el único caso en el Nuevo Testamento) que señala perfectamente la permanencia de ese amor. También aquí la obra de Jesús se presenta a partir del Antiguo

Testamento, en este caso el libro dei Exacto (Ex 19, 6). El pueblo de Dios era un reino, porque pertenecía al rey del universo, y un reino de sacerdotes, ya que tenía que servir de intermediario entre Dios y las naciones. Los cristianos son un reino porque Cristo reina sobre ellos, pero sobre todo porque ellos participan de su realeza, y son sacerdotes si aceptan con él sacrificar su vida por no adorar más que al Padre.

Jesús "viene" como el hijo del hombre anunciado por Daniel para el juicio en la primera lectura de hoy (Dan 7, 13), como el rey traspasado de Zacarías (12, 10). Esta última cita sólo aparece aquí y en Jn 19, 37: esta visión de Cristo traspasado por nuestros pecados es para el creyente una invitación a la contemplación en el evangelio de Juan, mientras que es en el Apocalipsis una advertencia para quienes se niegan a creer.

Y el saludo termina con la visión del Dios "Pantocrátor", comienzo y final de todas las cosas (cf. Is 44, 6). "Toda la historia se inserta en el hoy eterno de Dios".

Queda, pues, situado el clima del libro. En el seno de las dificultades de la vida, enfrentados con las potencias totalitarias, obligados a escoger entre ellas y Dios, los cristianos de todos los tiempos saben dónde pueden fundamentar su fe y su certeza: Dios es Dios, es el único señor; en su hijo nos ama y nos ha salvado; en él y por su espíritu podemos hacer que suba hasta el Padre la adoración de un mundo creado para la alabanza.

Evangelio. "He venido para ser testigo de la verdad"

Jn 18, 33-37

Jesús desvela, descubre quién es Dios. "A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha dado a conocer". Este desvelamiento, esta explicación, confieren a Jesús su papel y su función de rey.

El evangelio de hoy está tomado de Juan. Pilato y Jesús están frente a frente. Pilato es el Procurador romano, representa a un señor del mundo; Jesús es el Hijo de Dios, representa al Señor del mundo. Pilato lleva la iniciativa del interrogatorio porque Jesús es el acusado. Esto es sólo el plano visible de la realidad. Pero para él la realidad tiene un segundo plano, igualmente real. En este segundo plano Jesús es acusador. "He venido a este mundo para un juicio" (Jn. 9,39).

Una segunda cosa a tener en cuenta en este texto es el empleo de la palabra 'mundo' en un doble sentido. Por un lado están las afirmaciones "mi reino no es de este mundo, no es de aquí"; por otro, la afirmación "he venido al mundo para dar testimonio de la verdad". En el primer caso 'mundo' tiene matiz negativo; en el segundo, no. "Mi reino no es de este mundo, no es de aquí" significa que el reino de Jesús no pertenece a un orden de cosas viciado. Pero esto no quiere decir que el reino de Jesús no pueda existir en este espacio nuestro que llamamos planeta tierra. En realidad Jesús ha venido al mundo, a este espacio nuestro, para hacer posible un nuevo orden de cosas.

Una tercera cuestión a tener en cuenta es la palabra 'verdad'. Nosotros hablamos de "tener la verdad o "estar en la verdad". En el cuarto evangelio, en cambio, se habla de "ser", "conocer", "hacer" la verdad. La verdad no la concibe Juan como posición o estado adquirido, sino como quehacer o tarea. La verdad del cuarto evangelio jamás da derecho a nada ni sobre nadie.

Jesús en Juan, es acusador. Él desvela, descubre quién es Dios. "A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha dado a conocer" (Jn 1, 18). Este desvelamiento, esta explicación, confieren a Jesús su papel y su función de rey.

La paradoja de su realeza es que Jesús es acusador y dicta sentencia desde su propia muerte. Jesús sólo es Rey desde la cruz. La verdad de Jesús pasa por su muerte.

HOMILÍA

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel proclamaba a Dios como su rey. En el cántico de Moisés, por haber liberado a su pueblo y guiado hacia la tierra prometida. El Salmo 28 afirma que *"el Señor se sienta como rey eterno, el Señor bendice a su pueblo con la paz"*. Y el profeta Isaías contempla a un Rey sentado *"sobre un trono alto y sublime"*: es Dios que se hace presente a su pueblo, lo purifica, lo perdona y lo salva.

La figura del Mesías está vinculada a la esperanza del reinado de Dios en la vida y en la historia de su pueblo. En los inicios de su vida pública, Jesús alude a esa esperanza y proclama su cumplimiento: *"Se ha cumplido el tiempo, está cerca el reino de Dios"* (Mc 1, 15). Y con las parábolas del sembrador, de la semilla que crece por sí sola y del tesoro escondido, subraya que su reino no es obra humana, sino don del Padre que actúa imperceptiblemente en el corazón de los creyentes; quien lo percibe, está dispuesto a afrontar cualquier sacrificio para participar de él, porque lo reconoce como el valor supremo y absoluto,

La relación entre el reino de Dios y la persona de Jesús que lo anuncia es tan estrecha que, ante Pilato, en vez de hablar del reino de Dios habla de "su" reino: *"Mi reino no es de este mundo"* (cf. 18, 36). Esa relación viene de muy lejos. Cuando el ángel Gabriel anuncia a la María que ha sido escogida para ser la Madre del Salvador, le habla de la realeza del Hijo que va a nacer de sus entrañas: *"El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin"* (Lc 1, 32-33).

Pero esa realeza necesitaba ser debidamente interpretada. El momento más significativo de esa clarificación es el del diálogo recogido en el evangelio de hoy. A la pregunta de Pilato: *"¿Eres tú el rey de los judíos?"*, Jesús le responde: *"Tú lo dices: yo soy rey"*. Y añade a continuación: *"Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz"* (cf. Jn 18, 33-37).

Jesús *"habla con autoridad"*, porque transmite una palabra que viene de Dios. *"Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado"* (Jn 7, 16).. Cuando afirma: *"el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"*, nos está diciendo que sus palabras contienen la fuerza de una verdad indestructible y permanente: *"Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna"*. Así lo reconoció Pedro cuando muchos de los que hasta entonces tenían a Jesús por rey comenzaron a abandonarlo tras afirmar que su carne habría de ser comida y su sangre bebida: *"Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna"*.

El fundamento esencial de la condición de Jesús de *"testigo de la verdad"* es su fidelidad y obediencia incondicional al mandato del Padre. Clavado en la cruz es

verdaderamente *“el testigo fiel”*, porque en ella alcanza su plenitud la manifestación de su amor al Padre y a los hombres: *“Ha de saber el mundo que amo al Padre y que cumpla fielmente la misión que me encomendó”*.

En la cruz, Jesús concluyó la obra de la redención humana: *“Todo está consumado”*. Pero no quiso imponer por la fuerza su mensaje ni su obra: *“Su reino -son palabras del Concilio (D.H.11)- no se defiende a golpes, sino dando testimonio de la verdad y prestándole oído, y crece por el amor con que Cristo, levantado en la cruz, atrae a todos hacia sí”*.

Cristo es Rey de los que sintonizan con la verdad que él vive, enseña y propone; es Rey de quienes luchan por hacerla presente la verdad de Dios en el corazón de los demás, dando testimonio de un amor semejante al suyo. Este es hoy nuestro compromiso.

Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

En las palabras “como un hijo de hombre entre las nubes del cielo”, se ha visto una figura del futuro Mesías, y en el “poder, trono y reino”, que se le promete, imágenes que en la literatura bíblica hacen referencia siempre a tiempos mesiánicos.

Con tres títulos kerigmáticos, que evocan la pasión, muerte y resurrección de Cristo, comienza esta doxología del Apocalipsis: Jesús es testigo del Padre porque lo ha revelado; es el primer resucitado, que garantiza nuestra resurrección; y príncipe de los reyes de la tierra por su glorificación. Y aplica a Cristo títulos que ya Isaías había atribuido a Yavé, como “el primero y el último”. Jesucristo es ahora “alfa y omega”.

La frase “mi reino no es de este mundo” conecta con una tradición muy corriente en la tradición sinóptica y en la predicación cristiana, y presenta a Jesús como Mesías rey, pero desvinculado de la idea nacionalista y reivindicativa de algunos de sus coetáneos.

A veces se advierte que hay gente a quien gusta que le den órdenes y que todo esté dispuesto; con tal de limitarse a obedecer y no tener que tomar decisiones. No se sabe muy bien si es que renuncian a ser libres o es pura apatía y desidia. Sin embargo, nada más lejano de la condición humana. Aceptar responsabilidad es comprometerme desde la libertad con la construcción del mundo.

LA FE DE LA IGLESIA

— “Corresponde al Hijo realizar el plan de Salvación de su Padre, en la plenitud de los tiempos; ése es el motivo de su ``misión". El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de ``la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras” (LG 5). Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los cielos en la tierra. La Iglesia es el Reino de Cristo ``presente ya en misterio" (LG 3)” (CEC 763; cf. 764-765. 865).

— El Reino de Dios está ante nosotros. Se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la muerte y la Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre.

_ “Discerniendo según el Espíritu, los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz (cf. GS 22; 32; 39; 45; EN 31)” (CEC 2820).

_ “En la segunda petición, la Iglesia tiene principalmente a la vista el retorno de Cristo y la venida final del Reino de Dios. También ora por el crecimiento del Reino de Dios en el “hoy” de nuestras vidas” (CEC 2859).

_ “Incluso puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en Él, puede ser también el Reino de Dios porque en Él reinaremos” (San Cipriano, Dom. orat. 13) (CEC 2816).

Porque nos ha ganado al altísimo precio de su Sangre derramada en la Cruz, nuestro Rey no domina ni subyuga; invita, llama y atrae hacia sí todas las cosas.

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

No puede haber otro tema dominante en este día que la realeza de Jesucristo. Esta realeza está prefigurada en el texto del profeta Daniel: "Le dieron poder, honor y reino... su reino no será destruido" (*primera lectura*). En el *evangelio* la realeza de Jesús viene afirmada en términos categóricos: "Pilatos le dijo: ¿Luego tú eres rey?. Jesús respondió: Sí, como dices, soy rey". La *segunda lectura*, tomada del Apocalipsis, confirma y canta la realeza de Jesús: "A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén". Al mismo tiempo los cristianos son hechos partícipes de la realeza de Cristo: "Ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre".

MENSAJE DOCTRINAL

Dos concepciones del rey.

Pilatos y Jesús representan dos concepciones contrapuestas del rey y de la realeza. Pilatos no puede concebir otro rey ni otro reino que un hombre con poder absoluto como el emperador Tiberio o por lo menos con poder limitado a un territorio y a unos súbditos, como el famoso Herodes el Grande. Jesús, sin embargo, habla de un reino que no es de este mundo, es decir, no tiene en el mundo de los hombres su proveniencia, sino en solo Dios. Pilatos piensa en un reino que se funda sobre un poder que se impone por la fuerza del ejército, mientras que Jesús tiene en mente un reino impuesto no por la fuerza militar (en ese caso "mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos"), sino por la fuerza de la verdad y del amor. Pilatos no puede concebir de ninguna manera un rey que es condenado a muerte por sus mismos súbditos sin que oponga resistencia, y Jesús está convencido y seguro de que sobre el madero de la cruz va a instaurar de modo definitivo y perfecto su misterioso reino. Para Pilatos decir que alguien reina después de muerto es un contrasentido y un absurdo, para Jesús, sin embargo, está

perfectamente claro que es la más verdadera realidad, porque la muerte no puede destruir el reino del espíritu. Dos reinos diversos, dos concepciones diferentes. Después de dos mil años del histórico encuentro entre Jesús y Pilatos, ¿no es la concepción de Jesucristo la única que ha podido pasar el test de la historia?

Características del reino.

El reino de Jesús es un reino preanunciado, en el que se cumple lo que los profetas de siglos anteriores habían prometido de parte de Dios. El señorío de Jesús es el del Hijo del hombre, a quien Dios le entrega todo poder y todo reino (primera lectura). En segundo lugar, es un reino que vence todas las potencias del mal, simbolizadas por Daniel en las cuatro bestias; Cristo en, efecto, las vencerá todas en la cruz, que el evangelista Juan ve como un trono, poniendo tales potencias demoníacas como escabel de sus pies. En tercer lugar, el reino de Jesucristo goza de una gran singularidad: no es de este mundo, pero está presente en este mundo, aunque no se vea porque pertenece al reino del espíritu. En cuarto lugar, el rey se define como testimonio de la verdad, y los súbditos como los que son de la verdad y escuchan su voz. Sí, Cristo es rey en cuanto da testimonio de la verdad, es decir, de la Palabra del Padre que él encarna, y que el Espíritu interioriza y hace eficaz en los corazones de los hombres. Los hombres son súbditos de Cristo Rey si son de la verdad, es decir, si viven, piensan y actúan movidos por sintonía y connaturalidad con la Palabra de Jesucristo. En quinto lugar, Jesús no es rey del espacio, sino del tiempo, de todos los tiempos. El es el alfa y la omega, el centro del tiempo y su principio normativo, "Aquél que es, que era y que va a venir". Finalmente, Jesucristo no sólo es rey, sino que hace partícipes de su realeza a los cristianos: Ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre. De esta manera, los cristianos participan del reinado de Cristo, con las características ahora descritas.

SUGERENCIAS PASTORALES

Dejar al Rey serlo de verdad.

Cuando un rey es despótico, tirano, esquilmador de sus súbditos, entonces es justo y obligado rebelarse contra él. Pero si un rey es justo, bueno, entregado al bienestar de sus súbditos, comprensivo, buen gobernante, es necesario que los súbditos le dejen hacer el rey y serlo de verdad. El absolutismo regio de siglos pasados ha perturbado y desfigurado la figura noble de un rey auténtico. Hay que hacer todo lo posible para recuperarla en la mentalidad común de los hombres, particularmente de los cristianos, porque no podemos renunciar a llamar a Jesucristo, Señor y Rey del universo. Y sería penoso que los cristianos, al menos algunos, entendieran ese reinado de Jesús con las características negativas de un soberano absoluto y despótico. Jesucristo quiere reinar –para eso ha venido a este mundo–; hay que dejar a Cristo ser rey de verdad. Ser rey como él quiere serlo, no conforme a concepciones políticas trasnochadas; ser rey de todos los hombres y de todo el hombre: de sus pensamientos y sentimientos, de su voluntad y afectividad, de su tiempo y de su existencia; de su trabajo y de su descanso; de toda la vida del hombre para infundir en ella una presencia divina, una soberanía que eleva, una realeza espiritual. ¿Cuál es tu concepción de Jesucristo rey? ¿Dejas a Jesucristo ser verdaderamente rey de tu vida? ¿Qué haces, qué puedes hacer para que Cristo reine en el corazón de los hombres y de la historia? ¿Qué vas a prometer a Jesús en su fiesta de Rey del universo?

Un reino de sacerdotes.

En Jesucristo se unen en el madero de la cruz su sacerdocio y su realeza. Nosotros, los cristianos, somos pueblo de reyes y somos un reino de sacerdotes en virtud de la muerte y resurrección de Jesucristo. Somos un reino de sacerdotes porque amamos y seguimos la doctrina de la verdad, porque todos juntos en la liturgia cantamos las alabanzas y glorias del Señor, porque movidos por la fe dejamos que él guíe nuestros pasos hacia el Padre. Todos. Cada uno en su individualidad, y todos como comunidad de fe y de adoración. Somos además un pueblo de reyes, porque el reinado de Jesucristo no somete ni esclaviza, sino que hace hombres libres, perfectamente libres frente a sí mismo y a las propias pasiones, frente al mundo con sus poderes y sus insidias, frente a Dios que atrae con ternura y con amor. Estoy convencido de que la belleza de la vida cristiana está escondida para la mayoría de los hombres. Porque estoy plenamente seguro de que nos enamoraríamos de ella, el día que la entreviéramos y se nos abrieran los ojos de la inteligencia y del amor. De todos y cada uno de nosotros depende que la Iglesia sea un pueblo de reyes y un reino de sacerdotes.

IV. Radio Vaticano

Con la solemnidad de Cristo Rey, finaliza el año litúrgico, un tiempo en el que vivimos todas las etapas de la vida de Jesús, compartimos su enseñanza, meditamos en torno a su sacrificio, vivimos la gracia de su resurrección, y nos llenamos de su Espíritu Santo. El año litúrgico es una pedagogía que nos ofrece la Iglesia para que nosotros, los creyentes, santifiquemos el tiempo conociendo los misterios del Señor, y profundizando cada día nuestra fe. El año se inicia con el tiempo de espera, el adviento que comenzaremos a celebrar el domingo próximo, y finaliza con la exaltación de Cristo como Rey del Universo. En esta solemnidad la liturgia de la palabra nos invita a meditar con las lecturas de la profecía de Daniel, el salmo 92, el capítulo primero del libro del Apocalipsis y en este ciclo B el evangelio es el de san Juan, en el capítulo 18 donde Jesús está ante Pilatos, en el juicio que le llevó a la muerte. Y ante Pilatos afirma que es Rey.

El final del año litúrgico nos permite contemplar a Cristo como rey del universo. La figura del rey viene de las tradiciones antiguas, de pueblos que fueron gobernados por reyes, con sus cortes, con súbditos. Como celebración litúrgica fue instituida por el Papa Pío XI en 1925, y se celebraba antes de la solemnidad de Todos los Santos. En 1970, para destacar la centralidad de Cristo, la solemnidad pasó al último domingo del año y se le dio el título de rey Universal. De modo que así se corona todo un año de celebraciones del Señor que tiene que ser el centro de nuestras vidas. Así como era el rey para los pueblos que tuvieron monarquías, así debe ser Cristo para cada persona. Los reyes se preocupaban por el bien del pueblo, hacían obras para construir las ciudades, lideraban a sus pueblos en las guerras y batallas, y exigían fidelidad absoluta a sus súbditos. Jesús, como rey, nos ha dado su vida para salvarnos de la muerte eterna, con su muerte de cruz ha perdonado nuestros pecados y nos ha dado la gracia. Pero también, como todo rey, nos exige fidelidad, nos exige exclusividad, que no tengamos otros reyes, que no tengamos otros dioses. Ese es el significado fundamental de la solemnidad de Cristo Rey, celebrar la centralidad de nuestro salvador en nuestras vidas.

El profeta Daniel y san Juan en su Apocalipsis prácticamente hablan del mismo tema, refiriéndose a visiones del mundo futuro, donde una especie de hombre, como dice Daniel, Jesucristo, como lo explicita san Juan, está entre las nubes del cielo, signo del reino de Dios, y se le da todo el poder y la gloria por los siglos. Jesús es reconocido como el Primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra, el alfa y la

omega, el principio y el fin, el que es, y el que era y el que viene, el Todopoderoso. Todos estos son términos que tratan de aproximarnos a lo que será ese futuro en la resurrección de todos, en donde quienes hayan obrado bien pasarán al reino celestial y estarán con Jesús por toda la eternidad. Es claro que quienes deliberadamente lleven una vida alejada de Dios no se pueden esperar el goce eterno del cielo. Pero ese reinado de Jesús ya se comienza a construir en esta tierra, dejando que sea él quien guíe nuestros pasos, nuestras acciones, y nosotros haciéndole presente en todas nuestras realidades. De modo que no pensemos en un reinado futuro, no, ya Jesús es rey y como tal lo debemos presentar.

El trozo del evangelio de Juan que leemos este domingo está tomado del capítulo 18, en donde después de ser apresado, y juzgado por las autoridades religiosas de Jerusalén, Jesús es llevado donde Pilatos para que aplique la sentencia que los judíos no podían aplicar por estar sometidos al régimen romano, que era la pena de muerte. La acusación fundamental era que se estaba haciendo pasar por rey, un delito que se pagaba con la vida, porque significaba una rebelión contra el César, soberano de esas tierras conquistadas. Jesús le explica que su reino no es de este mundo, porque si no sus guardias y ejércitos hubieran batallado para no caer en las manos de los judíos, pero su reino no es de aquí, reafirmó. Y dijo que para eso había nacido, para ser rey y testigo de la verdad. Quien está en la verdad, escucha su voz. De modo que considerar a Jesús como rey no sólo implica asumir su soberanía sobre nosotros, sino que implica una actitud de vida donde la verdad es la guía, es la que define nuestra cercanía o lejanía de él, manifiesta nuestra entrega. La verdad, que significa no vivir con la mentira, no justificar lo injustificable, no actuar para obtener beneficios para nosotros mismos, no oprimir al otro. Verdad que nos pide ser transparentes en nuestra relación con Dios y con los demás. Y que a su vez, por ser transparente, por denunciar el mal, nos puede traer la muerte, como a él. Por la verdad murió Cristo, solemos decir. Pero este rey no se quedó en la tumba, sino que resucitando inauguró el nuevo reino celestial, el reino de Dios al que todos estamos llamados.

En este final de año litúrgico, te invito hermano, hermana que me escuchas, a que pongas en el centro a Cristo, como tu rey, como tu soberano. A que abras tu corazón a su gracia, y a que, como su discípulo, seas su testigo en este mundo.

O bien, Radio Vaticano

«Mi reino no es de este mundo»

El profeta Daniel tuvo una visión, una revelación en la que Dios anunciaba al que vendría como salvador. Después de aquellas cuatro bestias que se levantaban del abismo, símbolo de los poderes del mundo que se oponen al proyecto de Dios, vio aparecer en el cielo ese como Hijo del hombre, que venía de lo alto como representante de Dios. A Él se le dio el poder real, el dominio; todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin. Así era anunciado ese Hijo de Dios que se haría Hijo del hombre para manifestarnos y establecer entre nosotros el Reino de Dios.

Jesús lo declaró en el momento solemne de su juicio ante los poderes de este mundo. Aquellos dirigentes judíos, aquel sanedrín rechazó su verdad y lo condenó a muerte como falso profeta. Luego, lo presentaron a Pilato como reo culpable por hacerse rey, un Mesías impostor. Pero Pilato no se convenció y por eso entra en el Pretorio, que es la sala

del juicio, y hace comparecer a Jesús. Es el momento en que se enfrentan cara a cara el imperio de este mundo y el reinado de Jesús. Pilato le pregunta de manera escueta y esencial, al estilo procesal: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?” Y Jesús le quiere aclarar: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí”. No, el Reino de Jesús no puede ser entendido como un reino terrenal. Por eso no es un rey de los judíos que haga competencia a Roma. Su poder no se funda en la fuerza de las armas, ni tiene necesidad de soldados para hacerlo sentir. En su reino la norma es la “no-violencia”, la ley suprema es el amor. Un lenguaje extraño para Pilato, acostumbrado a dominar por la fuerza. Y, sin embargo, ve que Jesús se tiene por Rey.

Por eso sigue insistiendo: Luego tú eres rey. La respuesta de Jesús es contundente. Atendamos, hoy, hermanos, porque en ella nos desvela en qué consiste su reinado: “Tú lo dices: soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”.

Si, su Reino se funda en la Verdad, la verdad de Dios. Él ha nacido de arriba, del Espíritu de Dios, como dijo a Nicodemo. Él ha venido de lo alto como esa luz en la que podemos comprender la situación del hombre ante Dios. Él es el Hijo unigénito, lleno de gracia y de verdad, de modo tan perfecto que puede decir: Yo soy la verdad y la vida. Conocerle a Él es conocer al Padre, la luz sin mezcla de sombra. Éste es el sentido de su realeza: El poder revelar en sí mismo la verdad del hombre y del mundo a la luz de Dios. Y esa verdad se concreta, también, como reino en los que escuchan su voz y la acogen. Estos pueden ser de cualquier raza o nación. Viven en el mundo, pero no pertenecen al mundo, porque se han dejado llevar del Espíritu de Dios para ser amigos de esta Verdad, que es Jesús. Y él es el Rey de todos estos.

Como nos dice también hoy el Libro del Apocalipsis, con estos títulos atribuidos a Jesucristo: El testigo fiel (porque reveló al Padre de modo perfecto y selló su testimonio con el sacrificio de su vida), el Primogénito de entre los muertos (porque con Él la era de la resurrección ha sido inaugurada y cumplida ya en su persona), el Príncipe de los reyes de la tierra (porque en su resurrección ha sido glorificado como Señor, al que Dios ha conferido el pleno poder sobre toda su creación). Y así es el Hijo del hombre, Aquél que vino con el poder de lo alto para consolidar la esperanza de todos aquellos que, bajo el dominio de los poderes del mundo, sufren la amenaza del mal; para ser ese Pastor bueno que, como hoy nos dice el Salmista nos conduce hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas; nos guía por el sendero justo, y no prepara una mesa ante él enfrente de nuestros enemigos. Sí, su bondad y su misericordia nos acompañan todos los días hasta habitar en la casa del Señor por años sin término.

Hoy la Iglesia reconoce agradecida ante Dios: En verdad es justo y necesario darte gracias siempre, Padre Santo, porque consagraste Sacerdote eterno y Rey del universo a tu único Hijo y sometiendo a su poder la creación entera, entregara a tu Majestad infinita un reino eterno y universal: el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz.